

## CAPÍTULO XXV.

## LA FLECHA DEL PARTO.

En la tarde del mismo día, si se recuerda, el prelado italiano había dado una cita en su casa al abate Bouquemont.

El abate encontró al obispo en medio de sus últimos preparativos de viaje.

— Entrad en mi gabinete, dijo el prelado, y soy con vos dentro de un instante.

El abate obedeció.

Entonces, monseñor Coletti dirigiéndose á su criado, le dijo:

— ¿Está en mi oratorio la persona que he mandado llamar?

— Sí, monseñor, respondió el criado.

— Está bien. No estoy para nadie en casa más que para la marquesa de la Tournelle.

El criado se inclinó respetuosamente.

Monseñor pasó á su oratorio.

Allí, en un ángulo, de pie, flaco y desencajado esperaba un hombre de larga cabellera que le daba el mismo aspecto que al D. Basilio del *Matrimonio de Figaro*, ó el Pierrot de una pantomima.

Este personaje le habrán olvidado nuestros lectores, pero en dos palabras le presentaremos á su memoria: era el favorito de la alquiladora de sillas; uno de los afiliados de Mr. Jackal, el llamado Paja-Larga, que después de haber

escapado por milagro de los amotinados de la calle de Saint-Denis, había entrado gloriosamente en el gremio de la calle de Jerusalén.

Sin duda causará admiración el ver á este personaje patibulario en la casa de nuestro jesuita italiano, pero si quiere seguirnos á su oratorio, se verá bien pronto el motivo de este suceso.

Al descubrir á monseñor Coletti, Paja-Larga cruzó sus dos manos sobre el pecho.

— ¿Y bien, preguntó el italiano, cuál ha sido el resultado de vuestras pesquisas? Sed breve y hablad bajo.

— El resultado ha sido de los mejores, monseñor, no he necesitado emplear mucho tiempo; son los dos mayores intrigantes de la cristiandad.

— ¿De dónde vienen?

— Del mismo país que yo, monseñor.

— ¿Y de qué país venis vos?

— De mi país natal, de la Lorena.

— ¿De la Lorena?

— Sí, y vos conocéis el proverbio: *Loreno, traidor á Dios y á su prójimo*.

— ¿Y dónde han hecho sus estudios?

— En el Seminario de Nancy, pero solamente el abate ha sido expulsado.

— ¿Y por qué?

— Es suficiente que monseñor le diga que sabe el por qué; de seguro que no insistirá, y yo estoy seguro de ello, sobre la explicación.

— ¿Y en cuanto á su hermano?

— ¡Ah! ese es otra cosa, y tengo acerca de él detalles muy exactos. El rey Estanislao, habiendo sido padrino de una iglesia de las cercanías de Nancy, donó á la iglesia un

Cristo de Van-Dyck. Poco á poco los asistentes de esta iglesia han ido olvidando el verdadero valor de este Cristo que reconoció perfectamente Bouquemont. Pidió y obtuvo el permiso de hacer una copia, y luego que fué hecha le sustituyó al original, habiendo vendido éste al Museo de Amberes en siete mil francos. El caso se había descubierto, y sin duda hubiese acarreado graves males al artista, si el abate, que estaba ya agregado á la casa de Saint-Acheul, no hubiese obtenido el apoyo del superior de dicho convento. El asunto quedó muerto, pero en el día puede volverse á resucitar por un hombre de vuestra importancia y volverá á tomar toda la gravedad que se merece.

— Bien. He oído decir que los nombres que llevan no son tampoco los verdaderos. ¿Sabéis algo en cuanto á esto?

— Nada más exacto. Su nombre verdadero es Madou y no Bouquemont.

— Y desde el día que han abandonado á Nancy, ¿cómo han vivido?

— Físicamente bastante bien, moralmente muy mal, buscando incautos y contrayendo deudas cuando los incautos han faltado. Si monseñor quisiera concederme veinte y cuatro horas de término, le aseguro que quedaría perfectamente instruido en ese punto.

— Es inútil, parto esta misma tarde y parto sabiendo cuanto deseaba.

Después sacando cinco luises del bolsillo:

— Tomad á cuenta, dijo entregando las cinco piezas de oro á Paja-Larga, quizá recibáis órdenes sin firma; á cada una acompañará una pequeña letra que tendrá por objeto el indemnizaros de vuestro trabajo; y enviaréis las respuestas á Roma; tres XXX puestas sobre vuestras cartas me las darán á conocer.

Paja-Larga se inclinó con un gesto que significaba: «¿Es esto todo lo que tenéis que darme por ahora?» Monseñor Coletti comprendió la indicación y le dijo: — Esplad todos los movimientos de nuestros dos hombres con objeto de que podáis darme acerca de ellos las noticias que yo os pida. Partid.

Paja-Larga salió andando de espaldas.

Monseñor Coletti aguardó á que la puerta se hubiese cerrado, y después de un instante de silencio y de reflexión, dijo:

— Vamos con el otro.

Después, saliendo de su oratorio, atravesó el salón y penetró en su gabinete.

Allí encontró al abate Bouquemont sentado en un gran sillón dando vueltas á sus pulgares y mirando al cielo raso.

— Y bien, señor abate, le preguntó, ¿podéis decirme lo que na pasado en casa de la señora mariscal de Lamothe-Houdón?

— Parece que ha querido tomarme por director.

— ¿Cómo que parece? preguntó el jesuita con un aire de admiración.

— La princesa no es muy habladora, respondió el abate, y V. Ema. debe saber alguna cosa. No puedo definiros cuál ha sido su impresión al verme, y hé aquí la razón por qué he tenido el honor de manifestaros que parece ha querido admitirme.

— ¿Por último, estáis instalado en la casa?

— Según la opinión de Mad. de la Tournelle, así es.

— Entonces también debe ser la vuestra. No hablemos más de eso, este es punto decidido, y os he mandado venir para daros instrucciones en cuanto á la conducta que

debéis seguir respecto de la mariscala de Lamothe-Houdón.

— Espero vuestras órdenes, monseñor.

— Antes de entrar en materia, dos palabras en cuanto á los medios que se encuentran en mi poder, para quitaros todo escrúpulo en el caso poco probable de que los tuviéseis, y asimismo para sustituir en caso de necesidad el desinterés á la incertidumbre. Os diré que vos habéis sido expulsado del Seminario de Nancy. Yo sé por qué. Esto es en cuanto á lo que hace á vos. En cuanto á vuestro hermano supongo que no ignoráis que existe cierto Cristo de Van-Dick en el Museo de Amberes.

— Monseñor, interrumpió el abate Bouquemont enrojeciéndose, ¿ para qué suponer que habéis de tener necesidad de recurrir a las amenazas para hacer lo que deseáis de vuestros humildes servidores ?

— Yo no supongo nada. Pero tengo un gran juego ; soy buen jugador y empiezo por tender mis cartas sobre la mesa.

El abate cerró los labios, pero no tan dulcemente que no se dejara sentir el choque de sus mandíbulas, y bajó también los ojos, pero tampoco con tanta prontitud que el prelado no descubriese un rayo de luz.

Monseñor esperó los momentos necesarios para que el abate hubiese tomado la actitud que deseaba.

Por fin, dijo el jesuíta, mientras nos ponemos de acuerdo, escuchadme ; la mariscala de Lamothe-Houdón está moribunda, no tenéis largo tiempo que dirigirla, pero con celo é inteligencia los minutos son más que los días, más que los años.

— Os escucho, monseñor.

— Cuando hayáis escuchado la confesión de la princesa

comprenderéis parte de las instrucciones que voy á daros y que hasta entonces podrán pareceros un poco confusas.

— Esperaré á ver claro, contestó el abate Bouquemont con cierta sonrisa.

— La mariscala ha cometido una falta, añadió el prelado, de tal naturaleza y de tanta gravedad, que si no obtiene en la tierra el perdón de ella por la persona á quien ha ofendido, dudo mucho que pueda conseguirlo en el cielo ; esto es precisamente lo que os encargo que la demostréis.

— Y decidme, monseñor, ¿ será necesario saber de qué naturaleza es esa falta para poder demostrar la necesidad de que consiga el perdón terrenal ?

— La sabréis cuando la princesa os la haya comunicado.

— Hubiera deseado, sin embargo, haber tenido tiempo para preparar mis dilemas.

— Suponed, por ejemplo, una de esas faltas tan graves en que existe nada menos que la necesidad de la palabra de Jesucristo para redimirlas.

— ¿ Un adulterio ? preguntó el abate.

— Advertid que yo no contesto nada, replicó el italiano. Pero en la suposición de que fuera un adulterio, ¿ creéis que la condesa obtendría el perdón del cielo, si no había obtenido primeramente el de su marido ?

Á pesar suyo, el abate se estremeció, y descubriendo vagamente el objeto del italiano, por corrompido que estuviera, le espantaba semejante venganza.

Tal vez hubiera comprendido mejor y con menos espanto el veneno de los Médicis y de los Borgia; pero por monstruosa que fuera la obra, no pensó tampoco en hacer la

más ligera observación, porque se sentía como puede encontrarse la tímida liebre bajo la garra de un tigre.

— Ahora bien, preguntó el italiano, ¿estáis decidido?

— Yo no preguntaré nada más, monseñor, pero desearía comprender más de lo que alcanzo.

— ¿Comprender? según eso, no obstante el largo tiempo que hace habéis sido recibido en la santa Compañía, os habéis olvidado de su primera ley: *sicut ac cadaver*.

Obedeced sin contradicción, sin reflexionar y con abnegación, obedeced como pudiera hacerlo un ser puramente pasivo, como un cadáver.

— Procuraré, dijo solemnemente el abate, recordar las leyes de la orden y ejecutar fielmente la misión que vos me confiáis, y obedecer *sicut ac cadaver*.

— Eso es, dijo monseñor Coletti.

Y dirigiéndose á una papelera, sacó una cartera, la que se descubría estar bastante llena, no obstante la badana de que estaba forrada.

— Sé que estáis pobre, y por lo mismo necesitado, dijo el prelado; tal vez por las órdenes que tendré que comunicaros os veréis en la precisión de hacer algunos gastos extraordinarios; y creo deberos mucho aún, autorizándoos para que toméis á mi cuenta todas las cargas temporales de la misión que vais á emprender. Después de su ejecución, recibiréis en reconocimiento de vuestros buenos servicios una suma igual á la que se halla contenida en esta cartera.

El abate Bouquemont se estremeció de placer de pies á cabeza, y tuvo necesidad de hacer un esfuerzo sobre sí mismo para tomar la cartera con la punta de los dedos y colocarla en su bolsillo sin asegurarse de la suma que contenía.

— Me retiro, dijo el abate, no obstante del deseo que mostraba de recibir consejos del italiano.

— Una sola palabra, añadió éste.

El abate se inclinó.

— ¿Á qué altura os encontráis con la marquesa de la Tournelle?

— Perfectamente, monseñor.

— ¿Y con el conde Rappt?

— Muy mal.

— Según eso, ¿no tendréis ninguna razón, ni deseo alguno de parecerle agradable?

— Ninguno, monseñor; todo lo contrario.

— Y si alguna desgracia inevitable tuviera que suceder, ¿preferiríais vos que fuese á él más que á ningún otro?

— ¡Oh! en cuanto á eso no hay que dudar.

— Pues entonces, seguid ciegamente mis instrucciones y estad seguro de que quedaréis perfectamente vengado.

— ¡Ah! dijo el abate con una sonrisa llena de satisfacción: ¡todo lo comprendo!

— Silencio, interrumpió monseñor, no tengo necesidad de que me lo digáis.

— Antes de ocho días tendréis noticias mías... ¿Dónde debo dirigiros mis cartas?

— Á Roma, via de l'Umilta.

— Gracias, monseñor, y que Dios os asista en su viaje.

— Gracias, señor abate: si el objeto es atrevido, la intención es buena.

El abate saludó y salió por una pequeña puerta reservada que el prelado le abrió por sí mismo.

Al volver de nuevo al salón, monseñor Coletti encontró en él á la marquesa de la Tournelle.

La antigua devota había llegado con objeto de dar el último adiós á su director.

Éste, que había terminado todo cuanto tenía necesidad de hacer en París, y que deseaba abandonarle cuanto antes, tenía un medio de abreviar la escena sentimental que venía á presentarle la vieja marquesa, y estaba seguro del objeto, haciendo valer el deseo que tenía de recogerse en los momentos en que iba á emprender un viaje tan peligroso como el de la China, cuando un lacayo de la marquesa entró de repente y la anunció que á la mariscal de Lamothe-Houdón la acababa de dar un ataque de nervios tan violento que se temía no pudiera salir del acceso.

— Marquesa, dijo monseñor Coletti, cuyas pupilas se inflamaron instantáneamente, ya escucháis, no hay que perder ni un solo momento.

— Corro á casa de mi cuñada, exclamó la marquesa levantándose precipitadamente.

— Vos no me comprendéis, dijo el prelado deteniéndola, no es á casa de la marquesa adonde debéis dirigiros

— ¿Pues á dónde, monseñor?

— Á casa del abate Bouquemont.

— Tenéis razón, monseñor, su alma está más enferma que su cuerpo. Adiós, mi querido amigo, y que Dios os proteja en vuestra larga travesía.

— La pasaré dirigiendo plegarias por vos y por vuestra familia, marquesa, respondió el prelado cruzando sus manos sobre el pecho.

La marquesa partió en su carruaje, y un cuarto de hora después una berlina enganchada á tres caballos de posta, conducía á monseñor Coletti por el camino de Roma.

## CAPÍTULO XXVI.

DONDE EL ABATE BOUQUEMONT CONTINÚA HACIENDO DE LAS SUYAS.

Algunos momentos después de la salida de la marquesa de la Tournelle y del digno abate Bouquemont, la mariscal de Lamothe-Houdón había sufrido un espasmo tal, que la doncella que tenía á su lado en aquel momento, había alarmado toda la casa repitiendo con voces descomunales: ¡ La señora se muere !

El antiguo médico del mariscal, á quien la princesa había rehusado siempre el recibirle, prevenido por Grouska, llegó en seguida, y reconoció por los síntomas alarmantes que descubría que había llegado una crisis suprema y que antes de veinticuatro horas la princesa habría dejado de existir.

El mariscal llegó en el momento en que el médico salía de la habitación de la circasiana.

Al ver el aspecto sombrío del médico, Mr. de Lamothe-Houdón lo adivinó todo.

— ¿ Está la princesa de peligro ? preguntó.

El médico inclinó tristemente la cabeza.

— ¿ Nada puede salvarla ? preguntó el mariscal

— Nada, respondió el médico.

— ¿ Y á qué causa atribuis su muerte, amigo mío ?

— Al dolor.

La frente del mariscal se frunció súbitamente.

— ¿ Creéis, doctor, continuó con tristeza el mariscal,